

CAPÍTULO I

La evolución política de Atenas.

I. ATENAS ANTES DE SOLÓN. § 1. *La monarquía.* § 2. *El régimen aristocrático.*—II. LAS REFORMAS DE SOLÓN. § 1. *Medidas de liquidación.* § 2. *Leyes políticas.* § 3. *Leyes civiles y criminales.*—III. EL GOBIERNO DE PISISTRATO.—IV. LAS REFORMAS DE CLISTENES.—V. LA DEMOCRACIA DESPUÉS DE CLISTENES: PERICLES Y SUS SUCESORES.—VI. CONCLUSIÓN.

Los atenienses consideraban á Solón como el fundador de su democracia. Pero para comprender la obra de Solón es preciso echar un vistazo á lo que la ha precedido. Por otra parte, si Solón sentó los principios del gobierno democrático ateniense, estos principios no produjeron todos sus efectos hasta mucho tiempo después de él, y se hace necesario el recordar las principales etapas de esta evolución.

Al recorrer esta historia, se encuentra uno sorprendido ante la lógica íntima que la preside y la regularidad rápida con que se desarrolla. En menos de cincuenta años pasa Atenas de la dominación de los eupátridas al completo florecimiento del régimen de-

mocrático. En esta marcha progresiva no hay ni lentitudes como en Roma, ni paralización definitiva como en Chíos, ni complicaciones y combinaciones como en Esparta. El movimiento es rápido y directo; al propio tiempo es fácil y apacible: no arrastra consigo más que un *mínimum* de luchas, sin graves desgarramientos interiores. Atenas llega sin muchas sacudidas al término extremo de la evolución democrática y se mantiene en ella durante más de un siglo sin revoluciones importantes. Cuando su constitución acaba por sucumbir, es obedeciendo á la acción de fuerzas exteriores que corresponden á un cambio profundo en el estado general del mundo antiguo. Existe en este conjunto de hechos un fenómeno político, cuyos rasgos más salientes es preciso señalar en primer término, y que luego se explicará por sí mismo y al propio tiempo por las circunstancias y por el genio propio característico del pueblo ateniense.

I.—Atenas antes de Solón.

§ 1.—LA MONARQUÍA.

La forma de gobierno más antigua que aparece en Grecia es la monarquía patriarcal hereditaria. La conocemos por los documentos literarios contemporáneos, los poe-

mas de Homero y de Hesiodo. Hesiodo, poeta aldeano, habla sin benevolencia de los reyes de su tiempo. Los aedas homéricos proyectan, en el pasado heroico y legendario, la imagen engrandecida é idealizada de las cortes en que vivían y á las que dedicaban sus canciones. Los historiadores y los filósofos, de Tucídides á Aristóteles, han razonado sobre estos datos, cada uno á su manera ó según su gusto, pero sin tener á su disposición muchos más documentos que nosotros.

Es fácil formarse una imagen de lo que eran estas monarquías.

Son monarquías de clan ó de aldea y cuyo dominio es de poca extensión. La isla de Itaca comprendía doce reinos. Micenas y Argos, distantes algunos kilómetros, constituían dos reinos diferentes y colocados entre los más importantes. Salamina era otro. El Ática, según una tradición constante, formaba muchos reinos (1). Y así sucesivamente.

Todos estos reyes no eran en su origen más que unos modestísimos jefes de clan. Pero sucedió que alguno de ellos se elevó sobre los otros: un terreno más fértil, la proximidad al mar y la facilidad de realizar expediciones ventajosas, la presencia allí de una acrópolis que podía fortificarse sin dificultad, una sucesión de reyes activos é inteligentes, dieron pronto á algunas de estas

(1) V. Aristóteles, *Const. At.*, 41, 2, sobre los *φυλο-βασίλεις*, que coloca después del establecimiento de los jonios y antes de Teseo.

monarquías una primacía mejor ó peor reconocida, que originó agrupaciones menos limitadas. Ulises era el rey de los reyes de la isla de Itaca (*βασιλεύτατος αὐτός*, dice Homero). El Teseo de la leyenda, el autor del *sinecisma* ateniense, esto es, de la concentración de los clanes áticos en una ciudad principal, alrededor de la acrópolis de Atenas, es un «rey de los reyes», del mismo género. Agamenón, rey de Micenas, agrupa en torno suyo, cierto que para realizar una expedición temporal, á los jefes de Grecia. Evidentemente, la idea de una expedición panhelénica dirigida contra Troya es en absoluto legendaria y de fecha relativamente reciente. Pero ha nacido de un hecho cierto, el gran poder relativo de los soberanos de Micenas, cuyas fortalezas imponentes habían herido la imaginación de los contemporáneos, y nosotros podemos entrever aún, gracias á recientes excavaciones, entre el lujo bárbaro de su oro y de sus palacios. Poco á poco los jefes de los clanes más débiles, los reyes inferiores, por decirlo así, tendían á agruparse alrededor de los más fuertes, y pasaban á ser sus vasallos, compañeros de los reyes poderosos, cuya corte habitual constituían: son ya casi una sencilla aristocracia.

Los reyes son hijos de Zeus (*διογενεῖς βασιλῆς*), es decir, que su origen se confunde con el del clan, que es anterior á toda historia, y que su dignidad hereditaria, misteriosa, parece divina como todos los fenómenos, asombrosos por su magnificencia.

Los que entre ellos son más poderosos viven con fausto mezclado de sencillez. Sus palacios, donde se amontonan las riquezas y donde viven gran número de criados, se rigen por cierto ceremonial. Una reina homérica, llámese Helena ó Penélope, no descende jamás del piso superior, donde viven las mujeres, sin llevar consigo el cortejo formado por dos servidoras. Sucédense con gran frecuencia los grandes banquetes y las fiestas musicales y poéticas: los reyes beben «como dioses» y esta existencia constituye para el pueblo el ideal de la vida feliz. Pero esta monarquía patriarcal no conoce aún el uso de las tropas de mercenarios armados que más tarde guardarán la persona de los tiranos: el rey no siente la necesidad de defenderse contra sus súbditos, que le rodean con un respeto casi religioso; bastan sus criados ordinarios á preservar al palacio contra cualquier sorpresa de piratas ó de ladrones; en caso de guerra, sus hombres libres forman su ejército. El rey vigila los trabajos de sus campos y sabe él mismo trabajar con sus manos. Ulises construye su lecho y su casa; sabe hacer una balsa y guiar un barco. A su lado se ejercitan los hijos del rey. Su mujer dirige el trabajo de sus sirvientes y borda con sus propias manos telas preciosas. Sus hijas van al río ó á la fuente á lavar las ropas de la casa real.

El rey es rico, no sólo por el botín que le procuran sus expediciones militares, sino por la posesión de vastos dominios. Sin

embargo, no es él el único poseedor de las tierras del clan: rodéanle otros propietarios, pequeños ó grandes, que constituyen el grupo de los ancianos de su pueblo (γέροντες). Por lo demás, tiene derecho al cobro de tributos regulares (1).

El rey es el magistrado supremo y universal; es á un mismo tiempo sacerdote, juez, administrador ó jefe del ejército. Sin embargo, no es un déspota absoluto, un príncipe oriental. Existe ya el germen del gobierno liberal en estas viejas monarquías y lo recordaban así los griegos de edades posteriores. El rey homérico reúne á los antiguos para juzgar; convoca á los grandes (ἡγήτορες, μέδοντες, βασιλῆες) y en ocasiones al pueblo para asociarles á sus resoluciones más importantes. Debe ser orador: Aquiles niño ha aprendido de Fénix las dos cosas que debe saber un rey, obrar y hablar. En la epopeya puede entretenerse lo que son estas asambleas. Cuando el rey, apoyado en su bastón, se levanta y habla, una vez que el heraldo ha ordenado el silencio, se le escucha y casi nunca se le contradice; está rodeado de un gran respeto; si algún Tersitas se atreve á alzar la voz para combatirle con demasiada viveza, los ancianos y la multitud misma imponen silencio al contradictor impertinente por medio de procedimientos expeditivos y rudos. No nos dejemos engañar, sin embargo; Tersitas ten-

(1) Ἐπὶ γέρονσι βητοῖς, dice Tucídides, I, 13, 1.

drá su día: un pueblo que cree de tal modo en la virtud de la palabra y de la discusión, está pronto á reconocer su fuerza aun en otros que no sean sus jefes hereditarios.

En el respeto del pueblo hay con frecuencia mezcla de afecto. En las antiguas monarquías hereditarias, este sentimiento de los pueblos por los reyes no es raro; con mayor razón cuando el rey está muy cerca de su pueblo y aparece aún como una especie de padre de familia. Á pesar de esto, existen matices y grados. No todos los reyes son dignos de afecto. Los hay caprichosos, injustos y rapaces. El optimismo idealista de los poemas homéricos deja ya ver á veces este lado de las cosas. Si se alaba expresamente á Ulises por ser un príncipe dulce á su pueblo (*ἤπιον ἄνακτα*), dulce como un padre (1), es porque este mérito no era común. La violencia en los actos y las palabras es «la justicia ordinaria de los reyes divinos» (2). El mismo Aquiles llama á Agamenón «comedor del pueblo» (*δημοβόρος*) (3) y sin duda no ha creado Aquiles la palabra para el caso: pertenece al idioma de las quejas populares cuya existencia atestigua de ese modo. En Hesiodo las quejas se hacen más continuas y más amargas; los reyes son «comedores de presentes» (*δώροφάγοι*) (4); compara

(1) *Odisea*, XII, 130, y II, 234.

(2) *Odisea*, IV, 691.

(3) *Iliada*, I, 231.

(4) *Trabajos*, 219 y 263.

su justicia con la del gavilán respecto al ruiseñor. En muchos pasajes se escucha ya el rumor de la cólera que prepara las revoluciones futuras.

En efecto, la falta ordinaria de estos reyes es el orgullo. Son niños grandes, impulsivos, cuya vida transcurre en parte en las guerras, ávidos de gloria y de botín, y á los que no siempre defienden la discreción y la prudencia práctica contra los instintos violentos. La moralidad propiamente dicha, ese sentimiento del deber concebido como opuesto en ocasiones al interés personal, y superior á él, no aparece con claridad en la *Iliada* sino en uno ó dos pasajes; en primer término en el discurso en que Héctor, al exhortar á Polidamas á ir con él al combate á pesar de los presagios contrarios, le dice que «el oráculo más seguro es la defensa de la patria» (1), y sobre todo acaso en los admirables versos en que Sarpedon, el héroe licio, dice á su compañero Glaucos que si poseen al borde del Xanto de Licia más tierra y más honores que los demás hombres, justo es que hoy combatan en primera fila (2). Se advertirá que estos dos pasajes forman parte del mismo canto de la *Iliada*. En todas partes, por lo demás, es siempre el sentimiento de la gloria, de la dignidad personal (*τιμή*) lo que impulsa á los héroes, y esta dignidad no se separa siempre fácil-

(1) *Iliada*, XII, 243.

(2) *Iliada*, XII, 310-321.

mente del interés más directo, y en ocasiones hasta el más material y palpable. Era natural que este sentimiento de egoísmo ingenuo se desarrollase también en los súbditos, y como el griego tiene gran apego á los principios generales, que asociase sus reclamaciones á la idea superior de justicia (*δικη*), que había de ser el gran resorte de todas las transformaciones políticas de los estados griegos.

Estas viejas monarquías aqueas, que caracterizan la sociedad honorífica, desaparecen, en su mayor parte, durante los siglos VIII y VII. Al final del siglo VII no existe ya otra monarquía importante en Grecia más que la de Esparta, y aun ésta es muy distinta de las monarquías homéricas. Por todas partes sólo se ven gobiernos aristocráticos y tiranías. Este fenómeno es demasiado general para que pueda explicarse únicamente por causas particulares y accidentales, como la debilidad ó la violencia de ciertas dinastías. En efecto, muchos acontecimientos de un alcance más general parece que explican esta revolución. En primer término, la invasión dorica, es decir, la infiltración más ó menos rápida de las tribus griegas del Norte, que trastorna al Peloponeso, destruye poco á poco los antiguos cuadros políticos é introduce por doquier, directamente ó por contragolpe, una inestabilidad desconocida hasta entonces.

Prodúcese en seguida el movimiento de emigración aquea, que se combina con esta invasión de los dorios, y que origina una

creación considerable de colonias nuevas, desarraigadas de sus antiguas costumbres y de sus antiguas patrias, y obligadas, por las circunstancias, á vivir una vida distinta. En fin, el desarrollo militar, marítimo, comercial, que resulta de estas transformaciones. Grecia acabó ahí con su vida patriarcal y rural.

Fórmanse grandes ciudades, en las que se distienden los lazos del clan primitivo y donde nacen nuevas relaciones entre las gentes. Los hombres viajan, navegan, se dedican á los negocios, se enriquecen por procedimientos extraños á la edad homérica. Multiplicanse los cambios; la industria comienza; crecen las fortunas. Las inteligencias se agudizan, despléganse las actividades con más amplitud. La conciencia de los derechos individuales se hace más fuerte y más precisa. Es probable que los reyes hayan procurado defenderse gobernando con más rigor. Pero, según la observación profunda de Aristóteles, los medios que sirven para preservar á las tiranías debían perder á aquellas monarquías, que carecían de fuerza material. Su autoridad descansaba en una larga tradición consentida; no tenían ejércitos permanentes ni mercenarios. En cuanto les faltó la buena voluntad de los súbditos, tenía que venir á tierra su poder.

§ 2.—EL RÉGIMEN ARISTOCRÁTICO.

Los primeros ataques procedieron de la aristocracia. Una vez que las pequeñas agrupaciones primitivas, demos ó burgos, se habían concentrado en ciudades propiamente dichas, ya para defenderse mejor, ya á consecuencia de la preponderancia de un jefe más poderoso que los demás, los reyes de aldea se habían convertido, en estas ciudades nuevas, en jefes de las familias aristocráticas. Los eupatridas conservaban, con sus dominios rurales y su clientela, el sentimiento de la dignidad y la costumbre del mando. Agrupados en torno del rey de la ciudad, se encontraban reducidos á un rango subordinado. Debían hallarse poco dispuestos á soportar voluntariamente siempre la primacía de uno de los suyos, y su ambición no podía dejar de aspirar á compartir el poder. Parece que los reyes han encontrado en ocasiones el apoyo del pueblo. Pero el pueblo era aún demasiado débil para salvar la monarquía, imponiéndoles un carácter más liberal y más moderno. La mayoría de los pobres constituían la clientela de las grandes familias y vivían á la sombra de los eupatridas. La organización de la sociedad era todavía demasiado patriarcal para que fuese posible una revolución de tendencia demo-

crática, ó para que se mantuviese la monarquía al convertirse en popular.

Vemos en Atenas desde el comienzo del siglo VII la monarquía antigua completamente abolida, después de una serie de revoluciones aristocráticas que habían empezado por cambios de dinastías, para dar término en un verdadero desmembramiento del poder real. Nunca se suprimió el título de rey, ni aun en el tiempo de plena democracia; pero cambió de significado al extremo de llegar á perder su contenido. Al desaparecer la monarquía propiamente dicha, continuó llamándose rey (*βασιλευς*) al de los eupatridas, encargados de llevar á cabo las funciones religiosas de la ciudad. Pero fué investido otro, bajo el nombre de *polemarco*, para las funciones militares, que fué, gracias á las circunstancias, colocado en primer lugar; compartió con ellos un tercero las funciones de gobierno y se le llamó *arconta*. Más tarde á estos tres magistrados se añadieron otros, llamados *tesmotetos* y acaso fué entonces solamente cuando el título de *arconta* se convirtió en nombre genérico de todos los miembros del colegio. También sabemos que el arcontado, conferido primero para toda la vida y después de duración decenal, se hizo anual en el momento de instituirse los *tesmotetos*, lo cual permitía á los jefes de las grandes familias ocupar sucesivamente los altos cargos.

El poderío de los arcontas era, por lo demás, considerable; ellos eran los verdaderos